

Mínguez, hermana de Segundo el Polvorista. Tutor de este consejo lo fue Diego Vaquero Montalvo, cuñado por partida doble de los polvoristas, pues su primera esposa, Cándida, y, la segunda, Rosa, eran hermanas de la Lorenza, de Segundo, de la Lázara de Castor, de la de Levoiseir y demás hermanas. El secretario lo fue Isidoro López Rivas. Obsérvese qué trabazón de apellidos y qué predominio de la zapatería. La razón de que Diego, padre de Primitivo y Francisco, padre de Jesús, tengan distintos los segundos apellidos es que eran primos hermanos, y probablemente la madre de Francisco hermana del padre de los Parraros.

Actualizada la cuestión resulta, que la casa contigua a la del Zapaterillo era la de la Botonera, que luego tiró Gaspar Santos, criado enfrente de ella en la famosa tienda de Eugenio, su padre, y que ahora posee Esteban Vela.

La del Zapaterillo también fue tirada y reedificada por Angel Alarcos Casarrubios, apellidos cuyo origen no necesitan explicación, pues son campesinos netos, que entró en posesión de ella por su matrimonio con la Antonia la Zapaterilla -Antonia Villajos Paniagua- sobrina y heredera del Zapaterillo que no tuvo descendencia en su matrimonio y por habérsele muerto a la Antonia todos sus hermanos.

Esta casa y este taller del Zapaterillo, donde Francisco Vaquero aprendió el oficio y el trajín de ir al Tomelloso y a otros pueblos a vender en las ferias obra hecha, como iban los talabarteros con guarniciones y cabezadas, fue donde encontró también la mujer ideal para él y para continuar y ampliar el arte en la misma calle y en la misma acera, más arriba, esquina a la calle Tintoreros, donde compró un trozo de huerta, enfrente de la de Girón e hizo su casa que perdura. En aquella casa le tocó a Francisco el premio gordo de la lotería del matrimonio, que es mucho más difícil y mucho más importante que el de la Pascua. Y le tocó, a lo que parece, porque ésto es fallar pleitos sin oír al interesado, con las dos series, la centena y el reintegro.

Nuestro pueblo, punto de confluencia de tantas corrientes, lo es también de la fusión

de matices de la especie humana de toda la comarca, que tiene diferencias profundas, y esta mujer, sin haberla conocido, solo de verla, se puede afirmar su naturaleza, o de Alcázar, donde se efectúa la mezcla o de la línea de Levante, -Criptana, Pedro Muñoz o Socuéllamos-, que nos aporta la finura y discreción en la mujer. Y los zapateros, en su gran mayoría, tuvieron la suerte de poseerlas de esta clase, trabajadoras, calladas, desgrasadas, sufridas y apaciguadoras. Y además, vistosas.

El genio de Francisco salta a la vista, como las gaseosas al abrirlas, que siempre dan el taponazo y luego, nada. Aún estando majó y sin faena, conserva su actitud de hombre de trabajo, expeditivo y cumplidor y en la actitud de la Dolores se ve la compensación y la necesidad de tapan la botella para que no se vierta al destaparse, ¿pero cómo, sin ese gas, hubiera hecho esta pareja aquel taller de 16 oficiales, cuatro mesas y cuatro trabajando en cada una, sin ninguna máquina, todo a mano y a medida? Francisco cortaba las pieles. La Dolores las cosía y hacía los ojales y los oficiales hacían la obra. Y no hace mucho, se conservaban todavía las aguaderas con tapas en las que Francisco llevaba la obra a los pueblos de alrededor con un borrico, pues no era posible que aquel taller se sostuviera con el trabajo de Alcázar, sin que fuera tampoco fácil